EUGENIO SELLÉS

EL RAYO VERDE

COMEDIA

en dos actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

EL RAYO VERDE

EL RAYO VERDE

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

EUGENIO SELLÉS

Representada por primera vez en el TEATRO LARA el 7 de Noviembre de 1905

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1905

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LA SIRENA, 65 años................	SRA.	RODRÍGUEZ.
LA TEMPESTAD, 65 íd.............		VALVERDE.
CRISTETA, 20 íd.....................		BELTRÁN.
FRANCONIO, 67 íd......	SR.	RUBIO.
DON JUAN, 66 íd......................		PALANCA.
SEVERO, 75 íd.........................		LA RIVA.
EL MAESTRO MIRANDA, 70 íd.....		SIMÓ-RASO.
PALESTRINA, 75 íd.................		ZORRILLA.
EL MARQUÉS DE BLANES, 80 íd ..		PACHECO.
BENJAMÍN, 40 íd.....................		REGO.
CRIADO 1.º, 20 íd....................		IGLESIAS.
IDEM 2.º, 24 íd		GARCÍA.

Derecha é izquierda, las del actor

Lugar de la acción en los dos actos

Madrid.—Época presente

Saloncito de estudio en casa de La Sirena. Dos puertas a la derecha en primero y segundo término. Chimenea encendida con espejo encima, en primer término izquierda. En segundo término balcón. Pendiente del techo en el centro de la escena, un aparato de luz eléctrica, que luce en el segundo acto y se apaga á su final. Sofá y butacas en el foro centro. Al foro derecha piano y atril con papeles de música y una mesita. Al foro izquierda vitrina con objetos de arte, estuches, una batuta y coronas de plata que se sacan á su tiempo. Al lado de la chimenea, frente al público, una butaca-poltrona y dos sillas volantes. Cortinas para los huecos que se indican. Alfombra. En las paredes coronas con cintas, adornando retratos de músicos célebres, y otros dos de La Sirena vestida con los trajes de las zarzuelas más notables del siglo XIX. Otro retrato de fotografía, que represente á La Sirena y á don Juan en el dúo de esta ópera de Mozart. Esta fotografía, de gran tamaño, está colgada en la pared, sobre el respaldo del sofá. Todo muy artístico y lujoso.

MODO DE CARACTERIZAR LOS PERSONAJES

Y SU VESTIMENTA

La Sirena viste en el acto primero un traje decente y serio y mantón encima. Lleva en la cabeza una cofia, que se quitará, como el mantón, cuando se indica en la escena VII. Entonces aparece en cuerpo y con más aliño En el acto segundo viste traje elegante, aunque también serio, como corresponde á una mujer de edad que ha vestido bien. Cabello blanco.

La Tempestad, traje que fué bueno antiguamente y ahora está estropeado por el mucho uso. Lleva toquilla de lana en la cabeza, abrigo deslucido: un paraguas. Cabello blanco.

Cristeta, vestido negro y cuello y delantal blancos. Todo muy limpio, como doncella de buena casa.

Franconio, chaquet, sombrero hongo: todo anticuado y muy descuidado. Pelo y bigotes canos. Anda y habla con naturalidad y desaprensión, como quien, resignado á su bajeza, no pretende presumir de importancia.

Don Juan representa todo lo contrario. La presunción de fuerza y dignidad: el «quiero y no puedo». Anda teatralmente, habla con énfasis, tiene modales distinguidos y á veces algún afeminamiento en ellos y en la voz. Viste á cuerpo, un traje de levita que fué elegante y ahora resulta antigua y estrecha, pero no desaliñada ni sucia. Sombrero hongo flexible puesto de lado y con altanería. Calva regular rodeada de mechones de pelo gris, y bigote teñido de negro.

Severo, viste medianamente con traje también anticuado, aunque menos que los otros.

El maestro Miranda es un viejecito muy acabado y mísero, dulce y bondadoso en el hablar. Cabellera y barba lacias

y blancas. Viste gabán raído y cuello suelto de piel de conejo, y sombrero viejo. Lleva su violín pendiente de los hombros con una correa ó cinta.

Palestrina. Larga cabellera blanca, rostro afeitado, traje severo pero bueno, levita negra cumplida, zapatos de paño. Anda con reposo y habla casi siempre con mal humor.

El Marqués. Viejo verde, muy gastado: cabello y bigote muy blancos. Viste de frac y con gran elegancia en el traje y en las maneras. Anda con dificultad, que á veces quiere disimular en vano, irguiéndose, y habla y ríe como desmemoriado y lelo.

Benjamín. Viste pobremente gabán corto y hongo. Pelo y bigotes rubios. Aspecto de fuerza y salud. Procúrese que, á ser posible, el actor tenga alguna semejanza en la estatura y en las lineas generales del rostro, con el actor que desempeñe el papel de Don Juan, para justificar la equivocación momentánea de Sirena, que los confunde en el acto primero.

Los actores pueden modificar estas advertencias generales según su talento é inspiración. Los trajes y porte de los cantantes callejeros serán pobres, pero no astrosos, para que infundan tristeza, no repugnancia.

La sensación total de la obra debe de ser de melancolía, templada á trechos por la risa sana, pero sin llegar nunca al escarnio ni á lo ridículo.



ACTO PRIMERO

La decoración descrita en la página 6. Es de día. Poco antes de levantarse el telón suena dentro una estudiantina, que figura pasar por la calle.

ESCENA PRIMERA

LA SIRENA. Después PALESTRINA y CRISTETA

(Al levantarse el telón aparece La Sirena sola, envuelta en un mantón, y dormida en la poltrona junto á la chimenea. La estudiantina continúa sonando cada vez más lejos durante breve tiempo. Cuando la música cesa, La Sirena canta bajo, pausadamente y con interrupciones, como soñando, una melodía suave. Entonces entran en escena Palestrina y Cristeta por la primera derecha.)

PAL (A Cristeta.) Parece que habla; querrá algo. (Palestrina y Cristeta se quedan en la puerta derecha observando. Pausa. La Sirena sigue cantando.)

CRIS. Está cantando. (Dirigiéndose á La Sirena.) La señora tiene buen humor. (Otra pausa.)

PAL. No contesta. (Se acercan de puntillas á Sirena.)

CRIS. ¡Si está dormida! Soñando con esa música que se le ha metido en la cabeza estos días. (Sirena deja de cantar. Cristeta añade en voz baja.) Vámonos para que no despierte.

PAL Está cobrándose ahora el sueño atrasado de toda su vida. (Van á salir andando de puntillas)

SIR. ¿Por qué os vais?

PAL. Por no despertarla.

SIR. Pues ya es inútil; me habeis despertado. ¡Y qué sueño tan dulce! Estaba oyéndome cantar en mis buenos tiempos mi famosa aria de *La Sirena.*

PAL. ¡Ya lo creo! Como que ha estado cantándola de verdad.

SIR. ¿Me habeis oído?

CRIS. Algo.

SIR. (Con animación.) ¿Y qué tal, qué tal lo hacía?

CRIS. Señora... (Sin atraverse á censurarla.)

SIR. Tú no tienes voto, Cristeta. No me la oiste entonces, felizmente para tu edad; infelizmente para tu gusto. Este (Por Palestrina.) me la oyó muchas noches, muchísimas, porque el público no quería otra obra ni otra cantante. Y además, es inteligente. Dime, ¿qué tal? Con sinceridad.

PAL. Como entonces, como entonces... no. Como en sueños, como en sueños. Es decir, con poquita voz y desafinadita y tropezadita. (Gesto de disgusto en Sirena. Palestrina añade para contentarla.) Pero fué la primera cantante de su época.

SIR. (Ofendida y con ironía.) ¿He dicho que *eres* inteligente? No: *fuiste* el primer inteligente de nuestra época; *lo fuiste.*

PAL. (Queriendo enmendar su sinceridad.) Hay que considerar que la de hoy no es un aria cantada, sino dormida.

SIR. ¿Ves, Cristeta? Estoy manteniendo á este in grato para que me injurie.

PAL. La ingrata eres tú. Te quejas de tu salvador. Gracias á mí no te han silbado jamás. Porque por mis verdades rudas te retiraste del teatro antes que te fuera hostil el público, ya frío y tieso contigo.

CRIS. Considere usted más á la señora.

SIR. Déjale. Reñimos cada cuarto de hora y nos aborrecemos dos ó tres veces por día. Pero no podemos vivir el uno sin el otro.

PAL. Confieso que soy gruñón. La edad...

SIR. Todo genio frustrado para en mal genio. Y

éste iba, pero no llegó. Siendo muy joven, ya hace muchos años, ¿eh?

PAL. Muchos.

SIR. Prometía ser músico excelente en el género religioso. Compuso un oratorio que entusiasmó á los maestros.

PAL. Como que me llamaban el nuevo Palestrina.

SIR. Nombre cuya mitad ha conservado siempre: lo de nuevo lo perdió. Pero allí echó todas las notas que tenía dentro. Su segunda composición fué una gran misa de *Requiem*, en la cual se rieron hasta los cantores de la capilla.

PAL. Mejor hubieran hecho en estudiarla.

SIR. Y desde entonces enseñaba á cantar lo que otros componían. Y fué mi maestro.

PAL. (Con tristeza.) No tuve más discípulos. (Con orgullo.) Verdad es que esta valía por mil. Aunque no pagaba ni por una.

SIR. Como que venía enseñada de Milán y tomaba tus lecciones para darte reputación.

PAL. Y la conseguiste tú.

SIR. Pero acuérdate, pobre Palestrina; hacía lo contrario de lo que me enseñabas.

PAL. Y hacías bien. ¡Maldito arte! Me habría matado de hambre si no acabo en ser mayordomo de mi discípula. ¡Oh! Y te he de pagar tus beneficios; desde hace quince años estoy componiendo y retocando y perfeccionando una misa de *Requiem* para tus funerales.

SIR. Así serán alegres, como corresponde á mi vida. Y basta, basta de obsequios tuyos. Vamos á otra cosa. ¿A que habeis dejado pasar á mis músicos sin llamarlos? He oído música entre sueños.

CRIS. Han pasado unos; pero no son los de usted.

SIR. Míos, sí; todos los músicos son míos; porque yo fuí la música hecha carne.

CRIS. Eran los de una estudiantina. Recuerde usted que hoy es lunes de Carnaval.

PAL. Descuida, no se nos escaparán esos cantantes: los conocerás de cerca.

SIR. Me está comiendo ese deseo. Oigo en ese cuarteto voces amigas. No sé cuáles, porque canté con todos los grandes artistas de mi tiempo. Y son aquellas, por lo menos algunas de aquellas han sonado muy cerca de mí. (Suena dentro un violín que preludia el motivo de la canción de «La Sirena.» A pocos compases suena el cuarteto vocal que canta lejos. Al oir las primeras notas y con emoción.) ¡Esos, esos, ahí están! (A Cristeta.) Corre, corre. Diles que suban. Y pregúntales sus nombres. (Cristeta se va por la derecha segundo término. El cuarteto continúa cantando. Sirena lo oye como en éxtasis. Después de unos momentos dice á Palestrina.) Oye, oye con atención. ¿No te suena á conocida la voz de ese barítono?

PAL. Me suena á voz cascada.

SIR. ¿Y la de ese bajo?

PAL. A voz aguardentosa.

SIR. Pero voces del tiempo pasado, voz de la juventud.

PAL. De juventud del año sesenta del siglo pasado.

SIR. Pues yo distingo ese timbre entre la ronquera como distingo un violín entre la aspereza bronca del redoblante. (Cesa el cuarteto interno.)

PAL. Te lo finge la debilidad del oído. ¿En qué van á parecerse estos vagabundos á las celebridades compañeras tuyas? Además, ¡buenos estarán ya aquellos para cantar! Todos habrán oído mi *Requiem* en el otro mundo, donde será comprendida su magnificencia.

ESCENA II

SIRENA, PALESTRINA, CRISTETA. Déspués FRANCONIO

CRIS. (Entrando por la segunda derecha.) Señora, ya está ahí uno de los músicos.

SIR. ¿Uno sólo?

CRIS. Los otros no han querido subir hasta que este hable con usted.

PAL. Vamos, será el que pide y deseará saber cuánto das.

CRIS. Debe de ser eso; porque en la antesala me ha preguntado quién es la señora y cuál su posición. Y le he dado el nombre de usted.

SIR. ¿Y el de él?

CRIS. Un nombre que no parece del calendario: Franconio.

SIR. Su nombre de teatro. (Con rapidez á Cristeta.) Dile que entre, que entre. (Cristeta se va. Sirena dice con alegría y orgullo tirando de una oreja á Palestrina.) ¿Lo ves, oreja de topo viejo, lo ves? ¡Franconio! El príncipe de los barítonos, el proclamado por la popularidad. (Con gran tristeza.) ¡Qué dolor! ¡Cantando por las calles! ¡Ante la turba del pueblo!

PAL. ¡El colmo de la popularidad, hija mía! (Entra Franconio por la segunda derecha acompañado de Cristeta, la cual se retira por la misma puerta. Aquél hace una reverencia teatral.)

SIR. (Dando la mano á Franconio) Franconio, esa mano.

FRAN. (Con énfasis.) ¡Oh, felicidad! ¡Oh, la sublime Carmen Almagro, llamada *la Sirena* porque con su voz atraía como las sirenas á los hombres para ahogarlos en ondas de delicia y de arte! ¡Oh, la misma, la misma!

SIR. (A Palestrina.) ¿Ves, imbécil, ves cómo no he cambiado? Me ha conocido en seguida.

PAL. Como que Cristeta le ha dicho quién eres.

SIR. (Incomodada.) Bárbaro, te voy á poner en la calle para que goces de la popularidad como él. (A Franconio, con cariño.) Siéntate, Franconio.

FRAN. (Con gratitud y alegría.) ¿Siéntate? ¡Qué bondad! ¡Ha dicho *siéntate*!

SIR. No hay que agradecer tanto una silla.

FRAN. (Enternecido.) No es por la silla; es por el *tú*. ¿Nos tuteamos? (Se sienta al lado de Sirena)

SIR. Como antes, como siempre, como si estuviéramos solos. Porque este no supone nada. Es mi propia persona. Veo que no lo reconoces.

FRAN. No me han dicho quién es.

SIR. Un artista todavía anterior á nosotros.

FRAN. Eso sí lo reconozco.

SIR. Palestrina, aquel Palestrina...

FRAN. ¡Ah, sí, el jocoso, el alegre maestro del *Requiem!*

PAL. (Enfadado y con dignidad.) No, el maestro del primer oratorio. (Se va por la segunda derecha.)

FRAN. Parece que le molesta el *Requiem.* ¿Estará para morir?

SIR. ¡Ea! ahora contémonos nuestra historia.

FRAN. ¡Mi historia! La de todos. Seis palabras. Voz, triunfos, dinero. Ronquera, fracasos, miseria.

SIR. ¡Pobre Franconio! ¿Dónde cantamos juntos la última vez? ¿Dónde fué?

FRAN. En Barcelona.

SIR. Eso es. Allí nos separamos. Yo fuí contratada para Sevilla.

FRAN. Yo para la Coruña; y después á Oporto, luego á Málaga, á Jerez, y por fin descendí hasta Valdepeñas.

SIR. Parece el viaje de un vinatero.

FRAN. Las temporadas vinícolas me sentaron mal; ¡desdichado Jerez!

SIR. Allí perdiste la voz, ¿eh?

FRAN. ¿Perderla? No; me la bebí.

SIR. Siempre borracho. ¿Y no habrás cambiado? Beberás lo mismo.

FRAN. Lo mismo no. Entonces bebía Champagne, ahora aguardiente.

SIR. Pero tú eras barítono y te encuentro bajo.

FRAN. Bajísimo. He descendido mucho.

SIR. Y eras muy guapo. Ya puede decirse.

FRAN. ¿Y cómo no me lo dijiste entonces? ¿No lo vejas?

SIR. Por eso lo callaba; ahora lo digo porque no lo veo. ¿Y por qué estais en Madrid?

FRAN. No podemos vivir en otra parte. Cuando ya no nos contrataban para los teatros, formamos ese cuarteto; lo llamo cuarteto porque somos cuatro personas; voz ninguna. Y nos fuimos á París y Londres creyendo que allí entusiasmaría la música española. Ni nos hacían caso. Nos desgañitábamos en las calles, y la gente seguía su camino á sus negocios. Aquí, aquí está la gloria. En cuanto

abrimos la boca se suspende la circulación pública, y medio Madrid nos circunda. ¡Qué *virtuosismo!* Dinero, poco. Mas se va bebiendo.

SIR. Viviendo querrás decir.

FRAN. Claro, beber es vivir.

SIR. ¡Siempre vicioso!

FRAN. Siempre que puedo, y cuando no, me resigno. He sudado mucho por la existencia y esos sudores han eliminado de mí todo lo nocivo; las pasiones, los vicios, hasta las necesidades. Hay día que no como y sigo cantando coplas divertidas.

SIR. Me das mucha pena. ¡Desagradecido público!

FRAN. No, Sirena; el público nos da lo que tiene, mientras nosotros tenemos algo que dar á él.

SIR. ¡Y pensar que habrá como tú muchas celebridades en el arroyo!

FRAN. Solamente en mi cuarteto hay tres, todas compañeras tuyas.

SIR. No he oído más que dos voces conocidas; la tuya y la de una tiple antipática...

FRAN. *La Tempestad*, tu rival.

SIR. ¿Ves cómo la he conocido? Sigue antipática.

FRAN. ¡Infeliz! Te es antipática hasta en fiambre. Porque aquella á quien llamaban *Tempestad* por la que armaba en el público, se ha convertido en agua de cerrajas, y aquel fuego artístico en cenizas.

SIR. Me alegro.

FRAN. Bastantes alegrías te da tu riqueza para que además te alegre el dolor ajeno. Perdón á lo muerto.

SIR. Es verdad. Quizá pudo ella ser la rica y yo la pobre.

FRAN. Y vamos al tercer compañero. Esta es la gran sorpresa que te traigo. Un artista famoso.

SIR. Todos lo érais. Concreta.

FRAN. Un artista que fué tu amante.

SIR. (Con precipitación ingenua.) Todos lo...

FRAN. ¿Qué ibas á decir?

SIR. Que sigas concretando más.

FRAN. Concretaré. Un barítono supremo. Don Juan.

SIR. ¿Mi Don Juan?

FRAN. Tu predilecto. El que adoraste con pasión tan escandalosa.

SIR. Pues no lo he conocido.

FRAN ¡Qué has de conocerle si se ha vuelto tiple! Canta de cabeza y parece un flautín.

SIR. ¿Y cómo anda de posición?

FRAN. También de cabeza. ¿No te he dicho que está en mi cuarteto?

SIR. No puede ser; yo le hubiera distinguido entre mil. ¿Y se conserva joven?

FRAN. Mucho. Ya ves acaba de mudar la voz.

SIR. ¿Y conserva la figura?

FRAN. Naturalmente; como todo el que no se ha muerto. Ha mudado la voz; pero la figura... ahí está viva, robusta, más robusta.

SIR. ¿Y porqué no ha subido?

FRAN Porque yo represento á la compañía para estos casos. Soy el de menos vergüenza.

SIR. ¿No había de conocerte si te conservas tan sinvergüenza?

FRAN. Hasta en eso voy perdiendo. Tengo menos cada día.

SIR. Anda; tráemelos pronto.

FRAN. Les llevo el gran notición.

SIR. Ninguno hasta que me vean. No les digas quien soy: quiero experimentar si me recuerdan todavía.

FRAN Ya lo creo; te conocerán en el acto; todos antiguos amigos. ¡El arte en el suelo; el templo en ruinas! Pero á mí no me aplasta; lo soporto con alegría. ¡Siempre alegría! (Se va tarareando festivamente por la segunda derecha.)

ESCENA V

LA SIRENA. CRISTETA. Después PALESTRINA y SEVERO

SIR. (Llamando á voces.) ¡Palestrina! (Entra Cristeta por la segunda derecha.) Llamo á Palestrina

CRIS. Lo he oído; pero vengo para decir á la señora que ha llegado su amigo.

SIR. ¿Qué amigo?

CRIS. Ese que escribe.. el que come.

SIR. ¿Qué escribe y come? no acierto...

CRIS. Que como aquí los lunes.

SIR. ¡Ah! Severo. No recordaba que es su día de comer. Otro desdichado. Dile que pase aquí (Cristeta se va por la segunda derecha. Palestrina entra por la misma puerta. Sirena le dice con alegría) Van á subir. ¡Cuánto ha que no los veo! Cerca de treinta años sin ver á *La Tempestad*. Sí... tenía yo otros treinta cuando nos arrancamos el moño en el teatro.

PAL. Pues hace treinta y cinco años.

SIR. (Picada.) Treinta, mayordomo caduco; tú á tus cuentas, que no siempre te salen exactas.

PAL. Treinta son. Pero debo poner cinco á la pelea, por los cinco que quitas á la edad; precisamente para que salgan bien las cuentas.

SIR. Y veinticinco que no veo á Don Juan.

PAL. Veintiocho; el de los veinticinco es otro. ¿Ves cómo llevo exactas tus cuentas? (Severo entra por la segunda derecha con Cristeta. Sirena le dice:)

SIR. Severo, hoy comeremos más tarde. Se ha anticipado usted.

SEV. Precisamente me he adelantado para excusarme con usted. Estoy convidado en otra parte y hay...

PAL. Hay que aprovechar.

SEV. Mañana comeré aquí.

SIR. Espere un poco y encontrará una sorpresa. El crítico ante sus víctimas: todos nivelados en la desgracia.

PAL. Se ha empeñado en tratar á esos murguistas.

SIR. (Con calor.) Son los compañeros del triunfo, las voces de la vida pasada, con sus pasiones buenas y malas; los amigos y hasta los enemigos; hasta *La Tempestad*. ¡Y él, él! don Juan. La juventud que vuelve. (Al pronunciar el nombre de don Juan, y con el recuerdo de su amor, siente el estímulo de la coquetería: se mira el traje, hace un gesto de disgusto y dice á Cristeta.) Ven al tocador. Este traje es demasiado casero para recibir. (A Palestrina.) Recíbelos tú. (Se oye rumor dentro. A Cristeta, empujándola.) Vamos

deprisa. Quítame esta cofia y estas antiguallas. Van á cogerme así. Y don Juan no me conocería. Yo á él sí. ¡Le quise tanto! (Se va con Cristeta por la primera derecha.)

ESCENA VI

PALESTRINA, SEVERO, FRANCONIO, DON JUAN, LA TEMPESTAD, EL MAESTRO MIRANDA, BENJAMÍN. Entran por la segunda derecha precedidos de Franconio

FRAN. (Desde la puerta.) Adelante. Estamos en la casa del arte; la casa es nuestra. (Los personajes aparecen uno detrás de otro formando fila. Franconio entra con desaprensión; Tempestad con naturalidad. Don Juan con desembarazo afectado, como quien tuvo costumbre de ver salones. El maestro Miranda tanteando las paredes y los muebles y con la inseguridad del ciego.)

JUAN (Mirando á todas partes dice con melancolía.) Así vivía yo.

MIR. Por aquí hay una chimenea. La siento. (Se va derecho á la chimenea.)

FRAN. Guiadle, que la va á sentir demasiado. (Le llevan de la mano, y le sientan en la poltrona al lado de la chimenea.)

MIR. ¡Qué calor tan rico! (Todos, menos don Juan y Franconio, se ponen á calentarse junto á la chimenea.) Nunca he sentido el frío tanto como ahora.

FRAN. Porque nunca tuviste setenta años como ahora.

JUAN Lo que tirita es la vejez.

FRAN. Pues mira, con esa levitita no andarás muy joven en estos días crudos.

JUAN ¿Frío aquí? Este es mi elemento: lujo, elegancia. Parece que revivo. Dime, ¿y quién es esta señora que tiene el buen gusto de oirnos en su casa?

FRAN. Un hada bienhechora que guarda el misterio para daros una sorpresa.

BEN. ¿De cuánto?

FRAN. ¡Oh, la desinteresada juventud! (Fijandose en Severo.) Yo recuerdo esa cara.

TEM. Y yo un cuerpo semejante, aunque metido en mejor ropa.

FRAN. Sí, aquel... aquel que escribía...

SEV. Escritor, sí. (Hablando siempre con énfasis pedantesco.)

FRAN. Justo, aquel que no podía comer sin ostras, porque dan fósforo al cerebro.

SEV. El mismo. ¡Qué tiempos los pasados!

FRAN. ¡El crítico terrible, terror de los teatros! (Dirigiendose á sus compañeros y con adulación afectada.) Estamos delante del gran don Severo.

JUAN (Con respeto.) ¡El gran don Severo!

TEM. ¡El gran don Severo! (Todos se acercan con respeto á Severo saludándole.)

FRAN. ¿Y cuál periódico honra usted con su firma?

SEV. No escribo en ninguno. Critico para mis adentros.

FRAN. (Ya sin respeto y volviéndose á los demás.) ¡No escribe en ninguno!

TEM. ¡En ninguno!

JUAN ¡En ninguno!

FRAN. (Poniéndole familiarmente la mano sobre el hombro.) Vamos, estás como nosotros, sin voz. (Con lástima burlesca.) ¡Pobre Severito!

JUAN ¡Pobre Severito!

TEM. ¡Pobre Severito! (Don Juan y Tempestad se apartan de él con desdén.)

FRAN. ¡Vaya, el bueno de don Severito! Criticando para sus adentros. Pues sigue así, sigue.

TEM. Nunca debiste de hacer otra cosa.

SEV. ¿De modo que no estimábais mis juicios por ser míos?

FRAN. Claro, por la gran circulación de aquellos periódicos populares. Lo brillante no era tu luz, sino el reverbero que tenías detrás.

TEM. ¿Y cómo vives ahora?

SEV. Mal; nó he vuelto á probar las ostras. Y eso que escribo de todo, hasta dramas. Por supuesto científicos, jurídicos, clínicos. Hice uno para probar que el hombre es un animal como otro cualquiera.

FRAN. Y lo probaste.

SEV. Naturalmente.

TEM. Te lo silbaron...

SEV. No, me lo durmieron. Y seguí hambriento.

TEM. Y sin comer ostras, que dan fósforo á la inteligencia. ¡Y qué falta te están haciendo!

SEV. Hice otro drama para probar que el sueño es la verdadera vida.

FRAN. Y también, naturalmente, te lo durmieron.

SEV. ¡Ojalá! Me lo silbaron. Y seguí hambriento.

FRAN. ¿Y cuándo escribes una obra para probar... las ostras?

SEV. Hay quinquenios adversos; pero no tengo impaciencia por llegar.

FRAN. Se comprende que no tengas impaciencia. A nuestra edad se tiene lo contrario; paciencia.

TEM. (A Miranda, junto al cual se habrá sentado) ¿Has oído? Severito.

MIR. Sí, aquel temible don Severo.

TEM. Ha perdido el don, y ya no puede ser severo: no escribe.

MIR. Le tratáis mal.

TEM. Como él nos trataba. Ahora somos sus críticos.

MIR. Yo le estimé siempre en lo que valía.

TEM. Pues dí que le aborrecías.

PAL. (Reprendiendo á Franconio.) Se burlan de él porque está caído, sin mirarse ustedes mismos. La propia amargura se les sube á ustedes á la boca.

FRAN. Pues denos unas copitas para endulzarla.

PAL. La señora no me ha autorizado más que para recibirlos.

FRAN. (Dirigiéndose á los demás.) ¿No conocéis al señor? (Por Palestrina.) Un gran artista, hoy mayordomo de esta casa.

JUAN (Con desdén.) ¡Un artista sirviendo de mayordomo! ¡Qué degradación!

PAL. (Á don Juan con ironía.) Usted, sin duda, viene de cantar en el teatro Real.

JUAN (Con dignidad exagerada.) De cantar en la calle: pero en ella sigo sirviendo al público, no á un amo particular. Servir á todos es no servir á nadie.

FRAN. Que es lo que hacemos nosotros; nadie se da por servido con nuestro canto.

JUAN Hombre, ya que no tengas facultades, ten dignidad.

FRAN. Pues os decía que aquí tenemos al famoso autor de...

PAL. (Interrumpiendo con presteza.) Del oratorio. Gracias por la alabanza. (Aparte á Franconio.) Le traeré una botella de Jerez para endulzarle esa maldita boca.

FRAN. Del gran oratorio, que le valió el sobrenombre de Palestrina. ¡Siempre prometió mucho!

PAL. (Aparte á Franconio.) Jerez de Misa.

FRAN. (Aparte á Palestrina.) Pero no misa de *Requiem.*

PAL. ¡No me mortifique, por Dios! ¡Gusta tanto la gloria á los desgraciados!...

FRAN. (Pensando en sí mismo, y con dolor dice aparte á Palestrina:) Es verdad. Le perdono á usted la botella. Le elogiaré en seco. (Alto.) Ahora presentaré á mis camaradas. (Presentando a don Juan.) Don Juan. Ya le habrá usted conocido por sus humos. Yo soy un caído sincero; éste un digno. . La majestad vencida; pero no sometida.

TEM. (Levantándose.) Y hace bien. Yo soy lo mismo. Nos cogió una ola amarga. Las olas ahogan mejor á quien se tira en la arena. Hay que dejarlas pasar por debajo, y con el cuerpo erguido: así no se moja todo. Y en último caso la dignidad sirve hasta para ahogarse bien.

FRAN. Comprenderá usted que está presente la Tempestad, aquella famosa Tempestad.

PAL. La recuerdo: sufrí muchas veces sus chaparrones.

TEM. Fuí, efectivamente, un trueno... hembra.

PAL. Una tronada contínua. ¡Cómo ha cambiado!

TEM. Pues como *tronada* (Mostrando la ropa deslucida.) no se me puede pedir más. Ya ve que continúo igual.

FRAN. La pobre anda tan desnuda como cuando vestía sus obras bufas.

PAL. Pero entonces lo hacía para lucir las formas.

TEM. ¿Y qué? Así no siento ahora el frío. Me acostumbré á la frescura.

FRAN (Presentando á Benjamín.) Benjamín, tenor absoluto y joven relativo; cuarenta años.

PAL. Y allí veo también á un amigo, al maestro Miranda; ¡buena batuta!

FRAN. ¡Cómo dirigía las zarzuelas!

MIR. Y dirigí óperas en provincias. Y en Madrid hasta á la Patti en un beneficio suyo en que cantó canciones españolas. Aquello era arte; aquello era voz divina.

JUAN Siempre á vueltas con la voz. ¿Y qué es la voz? El ruido, lo sensual, lo material, la pieza de tela del canto; hay que recortarla para hacer el vestido airoso y elegante.

FRAN. No será nada; pero por falta de tela andamos tú y yo sin gabán.

JUAN Y además tenemos todavía más facultades que muchos que triunfan en esta decadencia que nos ha arrinconado á los artistas. La gloria nos vengará.

FRAN. Y el público les da el dinero á puñados.

JUAN No; se lo tira entre carcajadas imbéciles como á los bufones que le divierten; pero no les da reputación.

SEV. Muy bien dicho. Todo decae. Se oyen sonar ahora unas celebridades que en nuestro tiempo no eran nadie.

FRAN. ¿Querías que sonasen mientras mamaban? Los chicos de entonces son los hombres de hoy.

SEV. Pues ved si estará degenerada esta generación, que ahora pasan por hombres los que antes despreciábamos por chicuelos.

ESCENA VII

DICHOS. LA SIRENA por la primera derecha. Viene con el mismo vestido que tenía, pero en cuerpo y sin la cofia. En lugar de ella trae un adorno en la cabeza. El traje y los accesorios cuidados, aunque sin afectación ni ridiculez, sino con seriedad propia de una persona de edad acostumbrada á la elegancia. Cuando aparece en la puerta se ponen de pie los que estaban sentados, excepto Miranda

FRAN. Aquí esta la señora.

TEM. (Aparte á Franconio.) ¡La Sirena! Pues á mí no me humilla (Se va precipitadamente por la segunda derecha, antes que Sirena la vea.)

JUAN (Á Franconio.) Yo he visto á esta mujer en otro tono.

FRAN. Vamos, en tono mayor. (Sirena mira á un lado y otro buscando las caras conocidas, y se queda parada un momento como extrañando no verlas. Ella y don Juan se hacen una reverencia ceremoniosa y fría, y sin mirarse apenas, como entre desconocidos. Sirena se fija en Benjamín y se va hacia él rápidamente con alegría. Márquese bien para que se advierta que dirige á él el paso y la frase.)

SIR. ¡Oh, mi don Juan! (Franconio la detiene discretamente y le dice al oído:)

FRAN. No es ese.

SIR. (Deteniéndose.) El que dejé era así.

FRAN. El que encuentras es así. (Señalando á don Juan.)

SIR. (Aparte á Franconio.) Pues no me niegues que éste (Por Benjamín.) se parece á mi enamorado.

FRAN. Será á otro de tu repertorio.

SIR. Me ha engañado el corazón. (A Palestrina.) ¡Y para éste me he quitado mi abrigo!... (Haciendo por cambiar la conversación.) Pero aquí falta alguien. ¿Y La Tempestad?

FRAN. Se ha retirado por la segunda derecha.

SIR. Pues ó vuelve ó voy por ella.

FRAN. Yo iré; no te molestes, Sirena. (Se va por la segunda derecha.)

MIR. ¡Sirena! ¿Pero es la Sirena? (Se levanta y echa á andar hacia donde suena la voz de la Sirena. Esta permanece quieta.)

PAL. El maestro Miranda. (Miranda se para porque no acierta á andar.)

SIR. Soy yo, maestro, yo. Pero no debo de ser Sirena cuando ya no te he atraído.

MIR. Pues habla, habla para que yo pueda buscarte por la voz.

SIR. ¿Por la voz?

MIR. Estoy ciego.

SIR. (Yendo á buscarlo rápidamente y abrazándolo con cariño.) Todos los de entonces, caídos, pobres, desfigurados, ciegos. ¡Qué triste, qué triste! ¡Tan joviales como éramos!

MIR. Y si estuviera sólo en el mundo, seguiría

riéndome de los demás. Pero no puedo reirme de los que tengo en casa, tres nietecillas así... pequeñas, que viven de lo que les llevo. ¡Y les llevo tan poco!

SIR. ¿Las de tu hija?

MIR. Que murió dejándome esa riqueza. Y riqueza, sí; porque son mi consuelo y mis lazarillos.

SIR. ¿Pero están abajo?

MIR. En casa, en casa. ¿Había yo de sacarlas al arroyo, al frío? Para eso está el abuelo, que tiene los huesos duros. (Dice esto enternecido. Sirena al observarlo le dice:)

SIR. ¿Lloras?

MIR. Para algo me han de servir los ojos.

ESCENA VIII

DICHOS, LA TEMPESTAD y FRANCONIO por la segunda derecha. TEMPESTAD viene como arrastrada por la mano de FRANCONIO y resistiéndose á entrar

SIR. ¿Por qué no quieres entrar?

TEM. Porque te he conocido.

SIR. ¿Al primer golpe de vista?

TEM. Nunca te he olvidado.

FRAN. Se olvidan antes los què se amaron que los que se aborrecieron. ¿Por qué? Por lo mismo que las heridas duran más que los abrazos. ¡Ea, perdonaos!

TEM. Con claridad: me humilla que me encuentres en este estado.

SIR. (Aparte á Franconio.) Parece mentira que le quede vergüenza con tanta como ha tirado.

JUAN Esta y yo conservamos la dignidad del arte.

FRAN. Como que por no allanarse á ser partiquinos, cantan por las calles. ¡Oh, la dignidad! El verdugo de los artistas. ¡A cuántos ha matado de hambre!

TEM. No doy mi brazo á torcer. Estoy pobre. ¡Bueno! Tú has sabido conservar lo ganado; yo lo derroché. Tú lo vas consumiendo á sorbos; yo lo consumí á oleadas. Al acabar la

vida, habremos gozado la misma cantidad, dividida, la tuya en mucho tiempo, la mía en pocos años. Estamos en paz.

SIR. Y lo estaremos siempre. Ya no podemos envidiarnos.

TEM. No te guardo rencor. Al contrario, tenemos que agradecer muchos triunfos á nuestra envidia: nos obligaba á trabajar.

SIR. Era como la aguijada para la yunta: la pincha, pero la hace andar.

TEM. ¡Qué hermosa casa tienes!

SIR. ¿Creeis que estaba alegre con mis comodidades? Pues no lo estaba hasta que me he visto entre vosotros. Ahí me teníais siempre sola, dormitando, acurrucada junto al fuego. Os seguía con el oído, os esperaba todas las tardes. La juventud me cantaba desde lejos; ahora me canta de cerca. Hasta tú, mi enemiga, me hacías falta para completarla. (Pausa breve; después dice riendo) ¿Te acuerdas de las malas partidas que nos jugábamos?

TEM. ¿Cuando hice un beneficio mío la misma noche que el tuyo para quitarte la gente?

JUAN Y ambas os quedásteis iguales, porque aquella noche celebró el suyo la Patti y se llevó al público.

MIR. Aquella noche, aquella dirigí á la *diva*.

SIR. Mirad: (Llevándolos á la vitrina.) ahí guardo, ya muerto, el ramo de flores que me envió por enseñarle las canciones populares.

MIR. ¡Qué bien las cantó!

SIR. ¡Y cuidado que se las enseñé mal, á propósito para deslucirla!

MIR. A mí me regaló una batuta; ¡una preciosidad! Fundí los remates de oro y los vendí.

SEV. (A Sirena.) Feliz tú que has podido retener tus trofeos. (Señalando á los objetos de la vitrina.)

TEM. (Curioseando.) Coronas... estuches... lo de siempre...

SIR. Mi museo.

FRAN. El museo de inválidos.

JUAN ¡Qué hermoso es esto! (Sancando de la vitrina una corona de plata.) Mira la corona que me dieron y te regalé la noche que cantamos el *Don Juan* de Mozart.

SIR. Una gallardía de artistas de zarzuela.

JUAN Pues lo cantamos como los de ópera; desde entonces me dísteis ese nombre: don Juan.

FRAN. Y la corona es de plata (Tomándola.) ¡Y pesa! (A don Juan.) ¿Te la llevarás ahora?

SIR. Porque me la regalaste se conserva esta gloria tuya. Pero si te sirve para algo, llévatela.

JUAN Quede siempre en esas manos que la han salvado.

FRAN. Este es el laurel de esmeraldas que te regaló aquel Marqués .. (Sacando un estuche de la vitrina.)

TEM. ¿Aquél Marqués de Blanes?

FRAN. Que se metió á empresario por tí.

JUAN ¿Y no le has vuelto á ver?

SIR. Me visita con frecuencia.

FRAN. Obsequio de príncipe. ¿Y el ramito de laurel vale mucho?

SIR. Lo supongo.

TEM. Eres poco curiosa. Yo lo sabría.

FRAN. Y yo; por tasación de partes.

SIR. (Sacando una batuta de la vitrina.) También tengo aquí una memoria del maestro Miranda.

MIR. ¿Mía? No me acuerdo...

SIR. Una batuta que te regalé. También yo regalaba batutas como la Patti; pero las rescato cuando las veo en peligro. La conocí y la compré.

FRAN. En una casa de préstamos.

MIR. (Con emoción.) Acércala, tóquela yo, ábrácela. (Sirena le da la batuta. Miranda la acaricia diciendo con tristeza:) Vosotros quizá habreis perdido la voz. Pero yo no he perdido la mano que empuñaba esta batuta.

SIR. ¿Por qué no han de contratarle?

MIR. Porque estoy ciego y no leo la música nueva. Para lo que vale...

SEV. ¿Y á mí, por qué no han de admitirme mis críticas en los periódicos? ¿Necesito también voz? ¿Que no soy joven? Mejor; más ciencia, más serenidad. Soy el mismo, mejorado.

SIR. Y en realidad, ¿qué ha cambiado, nosotros ó el gusto?

TEM. El gusto.

JUAN Que se ha depravado con groseras chavacanadas.

MIR. Y afeminamientos de tiple de capilla religiosa.

JUAN Pero volverá la nobleza del arte.

FRAN. Como tarde, no nos encuentra: yo no la espero.

JUAN Nos encontrará. Yo me siento joven por dentro.

SEV. Y yo.

FRAN. Por eso cantamos como tú criticas, para adentro; todos nos hallamos en la flor... de la vejez.

JUAN ¿No habeis oído hablar del rayo verde?

MIR. Yo no lo he visto.

JUAN Pues dicen que al ponerse el sol lanza entre los resplandores rojos de aquel incendio en que se hunde, un rayo verde, así como reverdecimiento de su juventud, reflejo guardado quizá de los huertos y praderas que besó en su viaje del día. Vamos al ocaso, ¿quién lo duda? Pero tenemos aún nuestro crepúsculo con luces rezagadas y arrebatos de fuego; nuestra hora de rayo en que reverdezca la vida antes de caer en la oscuridad definitiva.

FRAN. ¡Hora verde! ¿Pero no se ha acabado el ajenjo en el mundo?

SIR. Creo que no lo necesita tu apetito. (Toca el timbre.) Pensais, amigos míos, que no me he acordado de vuestro estómago? (Cristeta entra y le dice Sirena:) Servid á los señores.

TEM. (A don Juan con dignidad.) ¿Si creerá que tenemos hambre?

FRAN. (Con ironía.) ¡Qué ha de creerlo si sabe que venimos de Lhardy!

MIR. ¡Ojalá todos los que lo creen nos la quitaran como ella! (Vuelve Cristeta con dos criados por la segunda derecha. Traen grandes bandejas con fiambres, pastas y botellas. Las colocan en una mesa al fondo de la escena. Todos los personajes, menos Sirena, don Juan y Tempestad, se acercan con prisa á la mesa y empiezan á comer con avidez. Franconio, viendo que Tempestad está un poco alejada, le dice:)

FRAN. Tempestad, ¿no tienes gana?

TEM. Comeré solo por hacerle gasto. (Se acerca á la mesa. Mientras los demás están comiendo, Sirena y don Juan quedan en primer término, mirándose, y después de haberse examinado unos instantes, dicen:)

SIR. Cuanto más te miro me parece más imposible no haberte conocido; te habrá mortificado, ¿eh? Perdóname. Entré tan deprisa... tan impaciente...

JUAN ¿En ese caso también te habrá mortificado mi torpeza?

SIR. No, porque pienso que quizá hayas querido castigar mi descuido con el tuyo. Continuarás tan altivo.

JUAN De mis vicios conservo sólo la altivez de artista. ¡Y qué combatida! (Se lleva las manos á los ojos.) No imaginas las afrentas porque he pasado. Cuando me quedé sin contratas, me ofrecieron una para el género chico.

SIR. ¿Y tuviste que aceptarla?

JUAN (Indignado.) ¿Yo cantar tangos? ¿Representar chulos? ¡Qué asco! Preferí, como los grandes destronados, recoger mi espíritu en la iglesia. Me hice cantor de capilla.

SIR. ¿Tú, el cínico don Juan, el galanteador calavera de tantas obras?

JUAN Ese fué mi mal. Daba á los misereres y antífonas aire muy profano, y perdí mi puesto fijo de tiple. Me reprimí, varié de estilo, y así me llaman alguna vez para funciones sueltas. Pero me sucede lo contrario; como doy á lo profano aire fúnebre, estoy á punto de perder este cuarteto callejero.

SIR. No hablemos de tristezas; toma algo para reanimarte.

JUAN Lo tomaré. . por ser de tu casa. Conservo la delicadeza del paladar. No puedo comer en los *restaurants* de ahora.

SIR. Verdad, no puedes... No te avergüence la desgracia ante tu antigua compañera. (Don Juan se acerca á la mesa del foro.)

FRAN. ¡Y qué cigarros! (A don Juan enseñándole uno) Mira, lo he tomado para tí, además del mío.

JUAN (Con indiferencia.) ¡Pche! No parece malo.

FRAN. En vista del desprecio con que lo tratas, me lo guardo. (Se lo guarda en el bolsillo.)

SEV. ¡Y qué jamón!

MIR. Muy bueno; aunque apenas lo he probado, porque me llevo mi ración para mis nietecitas. ¿Me permites llevárselo, Sirena? ¿Me permites que ellas lo prueben?

SIR. (Con cariño.) Ese y más que te daré.

FRAN. ¿Me permites también otra copita?

SIR. Las que gustes. Tempestad, ¿y tú no me pides nada?

TEM. (Acercándose á Sirena.) Una cosa y no para mí. Mira lo que ha hecho el pobre Miranda. Fué nuestro director, el que nos salvó tantas veces en nuestros tropezones, el que tapó nuestras faltas con su orquesta. Ten una caridad para él; yo no puedo.

SIR. (Enternecida y aparte á Tempestad.) Dí aparte, ¿eh? aparte, al maestro, que siempre que pase cerca de esta casa suba á verme. No se irá sin algo para sus nietas. Merecías haber conservado lo que ganaste, derrochadora.

TEM. Y peligrosa. Derroché lo mío y ahora voy á derrochar lo tuyo.

SIR. (A Franconio.) ¿Sabes que no encuentro muy cambiado á don Juan?

JUAN Ni yo á Sirena.

FRAN. Habéis estado reunidos un buen rato y la vista se va acostumbrando y volviendo atrás. Tempestad y yo somos dos viejos, viejos indudables. Pues nos parecemos jóvenes uno á otro porque no nos hemos separado nunca. Optica de la memoria. Recordando cómo se conocieron y transfigurados por la costumbre de verse, los que envejecen juntos no envejecen.

SIR. (Picada.) Tienes buena boca sólo para beber. Cuando hablas muerdes. ¡Ea! Os convido para una cena artística en conmemoración de aquellas de la juventud.

FRAN. Vamos, la conmemoración de los difuntos.

SEV. Me doy por convidado.

FRAN. Por derecho propio.

SIR. Como en aquellas orgías resonarán las carcajadas, correrá el Champagne.

TEM. Lo veremos.

JUAN Lo veremos.

FRAN. Lo be... be... beremos. ¿Véis? Tartamudeo con la emoción. ¿Será pronto?

SIR. Mañana por la noche. Y convidaré al marqués de Blanes.

TEM. ¿Nuestro empresario? Me alegro. A él le debo todo lo que soy.

SIR. (Mirando al traje estropeado de Tempestad.) Pues debes de estarle poco agradecida.

TEM. Digo, todo lo que fuí.

JUAN ¿El marqués aquel que me aborrecía tanto?

FRAN. Lo mismo que tú le aborrecías á él. Y ya sabéis por qué.

SIR. Pues júntense los odios antiguos como los cariños viejos.

JUAN. Reverdezca todo con su sabor dulce ó agrio.

SEV. (A Sirena, despidiéndose.) ¿He dicho que mañana comería con usted? Se ha hablado de cena y...

FRAN. Con ella le basta para cubrir el día. ¿No es eso?

SEV. Comeremos el jueves. (Se va por la segunda derecha.)

FRAN. (Despidiéndose.) Pues hasta mañana, Sirena. (Se disponen á irse. Sirena les dice con tristeza:)

SIR. Pero qué, ¿vais á dejarme ya?

MIR. La necesidad nos llama desde la calle.

SIR. Quedaos aquí esta tarde. Yo os pago.

TEM. (Con dignidad y como ofendida.) ¡Que tú nos pagas!

JUAN (Lo mismo.) ¡Qué es eso de pagar! ¿Nos tomas por juglares que se alquilan en las casas para diversión de los señores?

PAL. Será mejor la limosna de los transeuntes...

JUAN ¿Limosna? ¡Honorarios! Es el precio de la audición al aire libre.

TEM. Adiós, Sirena; me espera mi público. (Empiezan á salir por la segunda derecha.)

SIR. (A Palestrina, y como con envidia.) ¡Ella tiene público!

PAL ¿A qúe vas á envidiarla todavía?

SIR. ¡Como se dé tono me pongo á cantar en la otra esquina!

JUAN (Despidiéndose.) Adiós, mi Sirena.

SIR. Adiós, mi don Juan.

TEM. (Aparte á Franconio, al irse.) Está peor que yo, á pesar de la vida que lleva.

SIR. (A Palestrina, mirando á Tempestad, mientras ésta desaparece.) ¡Cómo se le conoce la vida que lleva! Está peor que yo. (Todos desaparecen por la segunda derecha. Sirena los despide desde la puerta siguiéndolos con la mirada. Se van entonando la misma canción que cantaban en la calle al empezar el acto. Cristeta entra por la primera derecha, trayendo el mantón que tenía Sirena al principiar el acto.)

CRIS. Señora, ¿le pongo ya el mantón?

SIR. (Cogiendo el mantón y tirándolo sobre la silla,) No lo necesito hoy; me siento rejuvenecida. Y además, mis hermanos van sin abrigo. Y oye cómo cantan la canción de la juventud! (El canto va perdiéndose dentro mientras cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero. Es de noche. La escena iluminada por el aparato de luz pendiente del techo. El piano está abierto: tiene en su atril papeles de música como si se hubiera tocado y cantado antes.

ESCENA PRIMERA

FRANCONIO, MIRANDA, SEVERO, que entran por la segunda derecha. Después CRISTETA

SEV. Mira que habeis cantado mal esta noche.

FRAN. Y todas las noches: lo reconozco.

MIR. Vaya un capricho de Sirena el de resucitar nuestro repertorio antiguo.

SEV. Un concierto histórico. El coro de viejos de *Fausto.*

FRAN. Piensa lo que quieras; ahora criticas para tus adentros.

MIR. El concierto no ha sido superior. Pero, ¡qué cenita nos ha dado la Sirena!

SEV. Te diré...

FRAN. ¿Vas á meter también el escalpelo en los platos?

SEV. Puede permitirse la opinión de un paladar.

FRAN. Nuestros paladares ya no tienen opinión; han perdido el gusto por desuso.

SEV. Será el tuyo. Yo todavía sé comer.

FRAN. Como saber, también sé yo... teóricamente. Como sé cantar. Pero no se me oye ni cantar ni masticar.

SEV. Lo que digo es que estas cenas han perdido su carácter. Los manjares de ahora no son los de nuestro tiempo.

FRAN. ¡Qué han de ser!

SEV. ¿Ves?

FRAN. ¡Buenos estarían si fueran aquellos! Ni los pollos de guardarropía que duran tres generaciones de cómicos!

SEV. Nunca me convencerás de que ese Jerez que nos han dado es el Jerez de nuestra juventud.

FRAN. Quizá lo sea y con eso está hecho su elógio. A catar vinos no me ganas.

SEV. Tiene otro sabor; todo ha cambiado.

FRAN. ¿Querrás hacerme creer que ha cambiado la tierra de Jerez?

SEV. ¿Y qué me dices del pavo trufado?

MIR. ¡Ay! ese estaba muy rico. No le metas el escalpelo.

SEV. Hoy me siento crítico como en mis mejores días. Las cosas tienen otro carácter. ¡Oh! los pavos de nuestro tiempo!

FRAN. ¿También pretendes que ha cambiado el carácter de los pavos?

MIR. Siguen muy complacientes. Convendré sólo en que los condimentos de hoy son indigestos. Ya está doliéndome el estómago.

FRAN. Es que has tragado mucho.

MIR. Antes comía más y como un reloj.

SEV. Porque no existen aquellos cocineros de nuestras mocedades.

FRAN. Como que en la mocedad teníamos los dos mejores cocineros del mundo. El buen apetito y el buen estómago. (Cristeta entra por la segunda derecha.)

CRIS. La señora pregunta por ustedes. Va á descorcharse el Champagne.

FRAN. ¡Ah! ¿Pero hay Champagne todavía en el mundo?

CRIS. Y como la señora sabe que le gusta al... al...

FRAN. Atrévete, al señor...

MIR. ¿Cómo ha de atreverse á llamarnos *señores* si nos habrá dado una limosna para que cantemos?

CRIS. No es eso; es que como no les conozco...

MIR. Dí á la señora que yo no puedo beber más.

SEV. Ni yo tampoco.

FRAN. Yo sí voy: aunque reviente. ¿Cuándo volveré á oler el Champagne?

CRIS. (Aparte.) ¡Pobres! (Yéndose por la segunda derecha.)

FRAN. (Mirando á Cristeta.) ¡Qué gracia y qué cuerpo! Vamos, ¿qué tienes que decir de las muchachas de hoy?

SEV. Muy bonitas. Pero sosas, frías y sobre todo ariscas.

FRAN. ¿A qué te has propasado con la muchacha?

SEV. ¡No, que me propasaré con las viejas! La verdad; le he echado una flor verdosilla y se ha puesto seria. ¡Esta juventud ni siente ni quiere! ¡Las muchachas de entonces! No había más que dirigirles una mirada; ellas buscaban la segunda; un piropo y con sus monerías se encontraban dos. ¡Qué alegres, qué agradecidas! ¡Sobre todo qué calor!

FRAN. El que nosotros les comunicábamos.

SEV. El que tenían ellas en el alma. Estos son otros tiempos y otras mujeres y otros vinos y otras comidas y...

MIR. Y otras digestiones.

FRAN. (Cogiendo á Severo por la mano y llevándole delante de un espejo.) Ven acá, criticón. Mírate ahí y dime si con esa cara arrugada puedes agradar á las mujeres para que ellas procuren agradarte; si por el conducto mohoso de esos oídos puedes percibir sones delicados; si por ese paladar puedes gustar algo que no te sepa á desabrido y agrio; si con un alma desgastada y una carne achacosa, hay arte que complazca, música que contente ni belleza que deleite. Todo vive como antes; donde no se puede vivir es en un cuerpo de setenta y cinco años.

MIR. Tiene razón; cuando yo cegué creí que se había apagado el sol, y el sol estaba como antes; los apagados fueron mis ojos. (Suenan

dentro taponazos como de botellas de Champagne y murmullos alegres y carcajadas.)

SEV. Oye cómo la vejez tiene alegría.

FRAN. ¿Tú no has visto á los moribundos reanimarse con inyecciones de cafeína? Pues esa vejez está reviviendo con inyecciones de vino. Y voy á inyectarme una botella. (Medio mutis.)

ESCENA II

SEVERO, FRANCONIO, MIRANDA, LA SIRENA, DON JUAN. Estos salen por la segunda derecha, cada uno con una copa de Champagne en la mano

JUAN (Con burla señalando á Miranda y Severo.) Ahí tienes á esos viejos huidos de la mesa.

SIR. ¿Conque tenemos que venir á buscarlos?

JUAN ¿Conque acobardados?

SEV. Este exceso trastorna mis costumbres.

JUAN ¡Qué vergüenza para nuestra gente!

SIR. ¡Y eres tú aquel que en mis cenas brindaba siete veces por mis triunfos sobre la *Tempestad*!

JUAN ¡Y que á la noche siguiente en las cenas de la *Tempestad* brindaba otras siete veces por sus triunfos sobre la Sirena!

SIR. Aquel que se comía á la par dos estrellas del arte... Aprended de nuestro marqués. Allí está con sus ochenta años y tan alegre como cuando siendo nuestro empresario nos pagaba aquellas cenas.

FRAN. Quizá más alegre porque ésta no la paga.

SIR. ¡Ea! al comedor; á tomar fuerza para cantar otra vez.

JUAN Eso no, no por Dios.

FRAN. ¡Hola! Ahora pareces tú el acobardado.

JUAN Sabéis que nunca pude cantar recien comido.

FRAN. ¿Tienes aún las coqueterías de cantante?

SIR. ¿No es verdad, Severo, que hemos dicho muy bien el dúo de *Don Juan*?

SEV. Me abstengo. Yo tampoco puedo elogiar re-

cien comido. Parecería elogio de estómago agradecido.

MIR. ¡Cómo has cambiado! Antes no elogiabas sino después de darte de comer.

FRAN. Severito ha encontrado la fórmula discreta para decir que andamos mal de voz.

JUAN Serás tú. (Levantando la voz con enojo.)

FRAN. (También con enojo.) También yo, no lo niego. Pero ronca y todo la conservo mejor que la tuya.

JUAN (Con ironía agresiva.) Es natural; la conservas en aguardiente como las guindas.

SIR. (Apaciguándolos.) ¿Vais á resucitar vuestras rivalidades?

SEV. Hoy todo resucita. Hasta me he sentido crítico, y desde mañana vuelvo á escribir para el público.

FRAN. ¿Pero en qué periódico?

SEV. Aunque sea sobre los carteles de teatro.

SIR. Haya paz.

FRAN. Paz y... vino.

JUAN Orgía hasta el amanecer.

SEV. Es noche de Carnaval. Veamos despiertos el primer día de cuaresma.

FRAN. Nos prepararemos para el ayuno. Al comedor. (Se van Miranda, Severo y Franconio por la segunda derecha.)

ESCENA III

SIRENA, DON JUAN. Quedan algunos momentos en silencio y mirando alrededor como cuando no se sabe de qué manera empezar una conversación embarazosa. Después de esta pausa dicen:

SIR. Nos han dejado solos.

JUAN Nos *has* dejado solos. Los envias al comedor. (Otra pausa. Don Juan coge la copa que había dejado sobre una mesa y bebe.) Tienes buen vino.

SIR. ¿Distingues todavía?

JUAN Conservo mis gustos delicados. Las vidas que se han mojado con Champagne guardan siempre el aroma fino.

SIR. ¿De modo que te hallas á placer en mi fiesta?

JUAN En mi elemento. (Pausa.) Vives en grande: siempre supiste vivir.

SIR. Supe prever. Ahorré; me retiré á tiempo; tuve cabeza.

JUAN Y sueldos pingües: los merecías.

SIR. Y empresas afortunadas.

JUAN Hiciste bien en ahorrar dinero.

SIR. Habría sido locura el perderlo. ¿Recuerdas los trabajos y zozobras que nos costaba ganarlo?

JUAN Y recuerdo asimismo que entonces no hablábamos de estas mezquindades de intereses.

SIR. Hablábamos de lo porvenir, de las esperanzas, de los triunfos.

JUAN Hoy hablamos de lo pasado para siempre.

SIR. No hay motivo para entristecerse todavía. No estamos enterrados. (Pausa breve y cambiando de tono.) Vamos, con franqueza, ¿cómo me encuentras? En realidad no debemos de estar muy cambiados.

JUAN Fijándose y recordando... esas son tus proporciones... tu estatura...

SIR. Eso sí, como crecer no he crecido.

JUAN Hacia arriba no; de costado... alguna cosa.(1) Las líneas son más abultadas.

SIR. Hay muchachas más gruesas que yo.

JUAN Indudable. Eso no es tacha. Es obra del descanso, de la buena vida.

SIR. (Con intimidad afectuosa.) Siéntate, sentémonos. (Se sientan Sirena en el sofá del foro, D. Juan en una butaca próxima.)

JUAN Y tú, ¿cómo me encuentras? Advierte antes que no me doy la buena vida que tú.

SIR. Eso precisamente demuestra el vigor de nuestra generación. La desgracia te ha hecho poca mella. El mismo porte distinguido... la elegancia...

---

(1) Si la actriz que represente este papel no fuera gruesa, pueden suprimirse estas frases y las siguientes que se refieren á la gordura.

JUAN Te advierto también que la mala ropa desluce mucho á la persona.

SIR. Ya veo que no son aquellos trajes...

JUAN Te equivocas: alguna prenda es de aquellas. Pero la cuido y...

SIR. Siempre tan limpio... tan atildado...

JUAN Bueno, esto es cuestión del sastre. Y mi persona, ¿qué te parece?

SIR. Fijándose y recordando no hallo gran diferencia. Tu cara.... tus ojos... tus manos...

JUAN Todo eso sigue en su sitio... Pero (Tocándose con los dedos la calva.) ¿y el cabello? Aquella cabellera larga, artística...

SIR. Algo escasa está...

JUAN Hay muchachos más calvos que yo.

SIR. Indudablemente. Esa es obra prematura del talento, del fuego del arte, que...

JUAN Que hace arder el pelo á cualquiera.

SIR. Y el fuego ha sido sólo en el tejado. No te llegó á la barba. Tan afeitadita... tu bigote negro. Por cierto que lo tenías rubio. ¿No eras rubio?

JUAN Sí; pero las negruras del destino influyen en todo.

SIR. Esas negruras blanquean. Vamos, lo negro es el betún que usas.

JUAN Te reconozco. La misma, la misma: tu carácter burlón. ¿Recuerdas con qué gracejo te burlabas de mi empaque romántico?

SIR. Y no te enfadabas. (Con mayor intimidad.) Acércate más... más... aquí, á mi lado. (Don Juan se sienta en el sofá donde está la Sirena. Esta dice con alegría picaresca.) ¿Y recuerdas cómo nos burlábamos de los celos que el marqués, este marqués, tenía de tí y á renglón seguido...

JUAN (Interrumpiendo.) ¡Os burlabáis los dos de los celos que yo tenía de él!

SIR. ¡Quizá, quizá! Y tampoco te enfadabas.

JUAN (Con triste dulzura.) ¡Qué impresión tan dulce, tan tranquila dejan las pasiones remotas! Como la del cuerpo que se baña en agua tibia.

SIR. ¿Recuerdas con que fe nos jurábamos amor eterno? (Señalando al cuadro de fotografía que hay

en la pared, encima del sofá y por tanto encima de los personajes.) Ahí está mirándonos, como testigo acusador, el cuadro de aquel juramento.

JUAN (Acercándose al cuadro.) Nuestros retratos juntos en el dúo del *Don Juan.*

SIR. Tráelo, tráelo. (Don Juan descuelga el cuadro, vuelve á sentarse junto á Sirena y ambos lo contemplan.)

JUAN (Extasiado.) Esto no era fingido; no era arte; era la verdad.

SIR. ¡Cómo se nos salía la pasión por los ojos!

JUAN Precisamente al acabar este dúo nos juramos amarnos hasta la muerte.

SIR. (Con ternura melancólica.) ¿Nos habremos muerto ya?

JUAN Nos queremos bien. Estamos en el mismo baño: pero el agua hirviente se ha entibiado: ya no quema, ¡pero qué plácida es! (Pausa.)

SIR. (Reanimándose.) Hijo, parece que estamos ya muriéndonos de viejos. No te achiques tanto. La mitad de la vejez está en el abandono con que la llevamos y la vestimos. Cíñete esa levita. (Sirena hace poner en pie á don Juan y le abrocha por su mano la levita.) ¿Ves? pareces otro. Así, erguido. (Don Juan da muestras de encontrarse incómodo y apretado, y dice:)

JUAN Hija, descíñeme, porque ó revienta la levita ó reviento yo. (Se sienta después que Sirena la haya desabotonado la levita.)

SIR. (Como disculpando la gordura de don Juan.) Tiene la culpa esta ropa moderna. Hace malos cuerpos. La nuestra nos hacía más esbeltos.

JUAN Si te he dicho que es la misma. Los restos de la prosperidad abrigando la miseria. La guardé para hacer viejos en el teatro: aprendió el papel con tal verdad que me ha servido para la vejez real. ¡Prenda sagrada! En sus filamentos raídos está escrita mi historia como en renglones negros. ¿No la has conocido? Con ella me despedí de tí la última vez. Con ella vuelvo á verte. ¡Cuántas veces jugaste con su solapa flamante mientras hablábamos muy juntos! (Sirena juega con la solapa pasando por elia su mano. Dicen lo que

sigue con melancolía dulce, mirando al cuadro y sin mirarse ellos.)

SIR. Así, así.

JUAN Así. ¡Cuántas veces apoyaste tu brazo sobre este brazo! (Sirena lo hace ahora también diciendo.)

SIR. Así.

JUAN Así. ¡Cuántas veces rozaron tus cabellos con este hombro! (Sirena reclina la cabeza sobre el hombro de don Juan y dice conmovida.)

SIR. ¡Si me parece que estamos amándonos como entonces!

JUAN Mira, Sirena, (Señalando al cuadro.) lo que estamos amando: la juventud. Lo presente es el rayo verde del sol: refleja los colores de la tierra que ha recorrido... (Pausa breve. Deja el cuadro sobre un sillón, y dice mirándose la levita.) ¡Cuántas manos amorosas como las tuyas jugaron con estas solapas! (Sirena hace un gesto de disgusto.) ¡Cuántos cabellos rubios como los míos cayeron sobre esta tela ya pelada! (Sirena se levanta ofendida por el recuerdo y como si sintiera celos de lo pasado.)

SIR. Bien, cállate, no es piadoso el decírmelo.

JUAN Pero, hija mía, ¿van á llegar tus celos con veinticinco años de retraso?

SIR. (Con enfado.) ¿No amamos la historia? Pues también encela la historia. Hablemos solo de lo agradable; no me atormentes con las memorias de tu resobada levita.

JUAN Así, riñendo, acababan siempre nuestras conversaciones.

SIR. (Mudando de tono y con cariño.) Y así, abrazándonos, empezaban una hora después. (Van á abrazarse y en este momento aparece por la segunda derecha el Marqués.)

JUAN (Al ver al Marqués.) Todo igual. También viene á estorbarnos como entonces.

ESCENA IV

SIRENA, DON JUAN y EL MARQUÉS

MARQ. ¡Muy bien! La Sirena y don Juan diciendo sus apartes. Y se cree que estamos viejos.

Hay viejos muy verdes. (Dirá estas y las siguientes frases con tono agresivo.)

JUAN Este viene de pelea.

SIR. Como siempre que nos sorprendía solos.

JUAN Pues no se lo aguanto. Ya no es nuestro empresario.

MARQ. ¿Y se puede saber qué estábais hablando?

SIR. Voy á darte una noticia muy atrasada. ¿Recuerdas los ensayos particulares? Pues estamos en un ensayo particular.

MARQ. Eso, eso me decíais cuando os hallaba juntos en tu casa.

SIR. No te enfades. Ya pueden decirse las cosas con claridad y oirse con calma.

MARQ. ¡Ah! ¿pretendes que yo oiga con calma cómo has traicionado mi cariño?

SIR. ¡No parece sino que soy tu esposa! Yo era una mujer libre.

MARQ. Demasiado libre.

JUAN (En tono también alto y peleador.) Señor Marqués, no es así como tratan los caballeros á una dama que le dispensó sus favores.

MARQ. ¡Burlado yo! (Con desdén.) ¿Y con quién?

JUAN (Con dignidad exagerada.) ¡Conmigo!... ¡Ea! Llegó la hora de desahogar el veneno antiguo. ¿Con quién? Con quien electrizaba al público, con quien ceñía coronas de laurel tan gloriosas como las de usted.

MARQ. (Con desprecio.) ¡Un miserable!

JUAN Miserable hoy, porque entonces tiré con prodigalidad el oro que usted ha ganado con nuestras gargantas.

SIR. (Interviniendo para apaciguarlos.) ¿Pero qué es esto? Fuimos cuerdos en la edad loca: ¿vamos á ser locos en la edad de la cordura? (A don Juan.) Aplácate, don Juan.

JUAN ¿Y para aplacarme me nombras don Juan, mi nombre de guerra? Y la habrá, todo por mi dama y por mi honor.

SIR Vete adentro.

MARQ. Antes que le arrojen mis criados.

SIR. (Con dignidad, al Marqués.) En esta casa, los criados son míos. (A D. Juan con cariño.) Vete.

JUAN ¿Me arrojas á mí? ¡Ah, mísera levita!

SIR. Tú fuiste el más amado; tú debes sacrificarte por mi paz. (Don Juan echa á andar para retirarse con aire satisfecho por la declaración de Sirena. Al pasar junto al Marqués le dice con orgullo.)

JUAN ¿Lo ha oído usted? Soy el más amado.

MARQ. Esto no acabará así. (Con amenaza.)

JUAN No acabará así. (Don Juan se va por la segunda derecha.)

ESCENA V

SIRENA, EL MARQUÉS. Este, después de la reyerta, se deja caer en la poltrona postrado y rendido del esfuerzo hecho.

SIR. Te has irritado. ¡Hermoso reverdecimiento de las pasiones!

MARQ. (Hablando desde aquí en adelante con desaliento y fatiga.) Pero las pasiones han cambiado sin duda de lugar. Estos ardores se sentían antes en la cabeza, en el corazón. Ahora en el estómago. Me ha sentado mal la cena.

SIR. Tranquilízate. Olvida los dolores que pasaron.

MARQ. Eso quisiera yo; que hubieran pasado; tengo aquí un perro... (Se señala al estómago.)

SIR. Si no hablo del estómago; hablo de tus celos retroactivos.

MARQ. No han sido celos, es decoro.

SIR. Celos. Y los has tenido justamente cuando ya no debías de tenerlos.

MARQ. (Reanimándose algo.) Es verdad. Una ráfaga de juventud que ha pasado por nosotros. (Riendo con pidardía senil.) ¡Bah! Tienes razón. ¿Quién no ha cometido sus pecadillos? ¡Éramos malos, malos!

SIR. ¿Ves como te hace gracia el contarlo y no me ofendo como tú? Confiésame tus pecadillos. Estamos en la edad de frecuentar las confesiones. ¿A quién se la pegabas? (El Marqués se ríe.) ¿A quién? ¿á quién?

MARQ. A tí, á tí. (Con la propia risa de malicia senil.)

SIR. (Con risa forzada y disimulando el disgusto.) ¿Conque á mí?

MARQ. ¿Te hace gracia, eh?
SIR. Mucha, mucha.
MARQ. Eramos muy malos, muy malos.
SIR. ¿Y... con quién? (El Marqués señala con la mano adentro, hacia la derecha donde está Tempestad, siempre con su risita retozona, y dice después de una pausa brevísima.)
MARQ. ¿No aciertas? Ahí la tienes. *La Tempestad.* (Sirena cambia de aspecto; su alegre intimidad se convierte en ira. Se levanta rápidamente y exclama:)
SIR. ¡Hombre, la que más podía ofenderme!
MARQ. Perdona, hija; no lo hice por ofenderte á tí, sino porque me gustaba ella.
SIR. Pues la echo de aqui en el acto. (Con energía.)
MARQ. Pero, Sirena...
SIR. ¡Ah! Quieres que consienta en mi casa y esté dando de cenar á la que ha ultrajado mi cariño?
MARQ. ¿Pero vas á tener celos retroactivos?
SIR. No; decoro. Mi rafaguita de juventud. (Se aproxima á la puerta segunda derecha y grita llamando.) ¡Tempestad! ¡Tempestad!
MARQ. (Asustado.) Tempestad, la que va á estallar.

ESCENA VI

LA SIRENA, el MARQUÉS y LA TEMPESTAD, que sale por la segunda derecha. La Sirena le dice señalando al Marqués que permanece en la poltrona

SIR. Ahí tienes á tu amante. Llévatelo... en una camilla.
TEM. ¿Este? Ya puedes quedarte con él.
MARQ. (Riendo.) Se pelean por mí.
TEM. ¿Y quién te ha dicho que es mi amante?
SIR. Que lo es, nadie; eso quiseráis ambos. Que lo fué; el lo dice.
TEM. ¡A buena hora!
SIR. Y añade que te engañaba.
TEM. No lo creas.
SIR. ¿Que no? Si te llamo precisamente para darte el disgusto de que lo sepas, como él me lo ha dado á mí.

TEM. Pues no me lo das; te aseguro que no me engañaba.

SIR. ¡Inocente! Conmigo.

TEM Sí; era infiel: pero como yo lo sabía, no me engañaba. ¿Quién es la inocente?

SIR. ¡Se necesita mucha frescura para saberlo y aguantarlo!

MARQ. ¿Conque me despreciabas tanto que ni siquiera te dolían mis infidelidades?

TEM. (Acercándose al Marqués.) Oye, marquesito mío, no era desprecio; era... que yo no tenía derecho para quejarme de tus engaños... porque también... también... con Franconio; sépase todo.

MARQ. ¡Con Franconio! En cuanto le vea le doy una bofetada.

TEM. No estais ya para bofetadas.

MARQ. Según.

TEM. Hablo de darlas: de recibirlas siempre se está en edad.

SIR. (A Tempestad.) Pues, dime: ¿por qué me aborrecías entonces?

TEM. No te aborrecía por eso.

SIR. ¿Cómo que no? No recuerdas que una noche... (Haciendo la acción de pelearse agarrándose por los pelos.)

TEM. Te arranqué el moño entre bastidores.

SIR. Te fastidiaste: era peluca. La exigía el papel.

TEM. Y saliste á escena en pelo... propio.

SIR. Y me gané una grita.

TEM. Que fué lo que me propuse. ¿Para qué quería yo tu cabellera?

SIR ¡Ah! ¿Fué para que fracasara?

TEM. ¡Claro! ¿Reñir por conquistar hombres? No: por conquistar al público: el público es el hombre de las artistas; su amor natural. Amantes teníamos los que queríamos; triunfos, los que podíamos.

(Desde aquí en adelante el diálogo irá con rapidez creciente y movimiento muy vivo, casi atropellándose las réplicas, y dándoles tonos destemplados de insulto y riña hasta acabar la escena á gritos.

Ha de haber, dentro siempre del gusto artístico, algo de la grosería de las pasiones en que desaparece la

educación, y salen sin disfraz los odios antiguos y las envidias femeninas.
Prepárese bien la gradación.)

SIR. ¿Conque fué una jugarreta de la envidia que me tenías?

TEM. A tí, no; á los aplausos que te daban sin justicia.

SIR. ¿Sin justicia?

TEM. En el género serio, me ganarías; pero á gracia y arte musical, nunca.

SIR. A todo, menos á descoco. ¡Como que venías de los Bufos! (Con ironía insultante.)

TEM. ¿Y qué tienes que decir de los Bufos?

SIR. Pues, que erais unas frescas, siempre en ropas menores.

TEM. Y vosotras, unas tibias, con la sosería por arrobas.

SIR. Y que teníais la voz en las piernas.

TEM. Por eso teníamos la voz bien formada. Y vosotras sólo un hilito... de voz.

SIR. Y que pagabais á los críticos con monadas. Ahí está Severo que lo sabe.

TEM. Y vosotras, con monedas. Ahí está Severo que lo cobra.

SIR. Yo no le pagaba.

TEM. También puede ser: de eso se quejó algunas veces.

SIR. En cambio nunca se quejó de tu insolvencia.

TEM. ¿Me has convidado á tu casa para insultarme? (Gritando.)

SIR. (Gritando más.) ¿Y tú has venido para injuriarme en mi casa?

ESCENA VII

SIRENA, TEMPESTAD, el MARQUÉS, FRANCONÍO, DON JUAN, SEVERO, MIRANDA. Todos salen apresuradamente por la segunda derecha, alarmados al oir las voces de Sirena y Tempestad

FRAN. ¿Qué gritos son estos?

MARQ. (Riendo.) Los de entonces, los de entonces.

FRAN. Estais en vuestras facultades vocales. Todo reverdecido.

TEM. (A Franconio.) ¿Sabes para qué me ha convidado esta orgullosa? (Por Sirena.) Para insultarme.

FRAN. Mal hecho.

SIR. ¡La defiendes! Naturalmente. Ya conocemos vuestras relaciones antiguas.

FRAN. ¿De modo que se sabe...?

SIR. Lo vuestro. (Señalando á Franconio y Tempestad.)

TEM. Y lo vuestro. (Señalando al Marqués y Sirena.)

MAR. Y lo vuestro. (Señalando á Sirena y don Juan.)

FRAN. Se ha abierto el libro de la historia.

SIR. (A Franconio.) Con sus batallas y todo. Porque el Marqués te va á dar una bofetada. Vete. No quiero lances en mi casa.

FRAN. ¿A mí? ¡El! (Dirigiéndose al Marqués.)

JUAN (Deteniendo á Franconio.) Reclamo la vez: tenemos que ajustar una cuenta este señor y yo. (Digiéndose al Marqués. Desde el principio de esta escena el diálogo será agitado, como en la anterior. Desde aquí en adelante se impondrá una calma de cansancio que contraste visiblemente con la viveza pasajera que antes ha animado á los personajes, como si ese esfuerzo los hubiera agotado y se apagara en ellos ese último destello de sus ardores y bríos.)

MARQ. ¿Una cuenta pendiente de empresario? Será muy atrasada, porque no me acuerdo.

JUAN Pues, ¿por qué se ha enfurecido usted conmigo?

MARQ. (Con calma y como trascordado.) ¡Ah! Pero, ¿me he enfurecido? Eso sucedería antes de las diez. Suelo acostarme á esa hora y como ya ha pasado, estoy dormido por dentro. No me acuerdo de nada, de nada.

SEV. Indudablemente está dormido. Y yo. (Bosteza y se sienta.)

TEM. ¡Y pensar que hace veinte años esto habría sido una tragedia! ..

FRAN. Hoy es una tragedia... pasada por una heladora. Como este Champagne. (Mostrando la copa que al entrar traía en la mano.) Conserva su perfume y sabor, sin su espuma ni burbujeo. Vedlo reposado y fresco. (Señalando al Marqués, Tempestad, Miranda y Severo que se han ido apartando poco á poco del primer término, yendo á sentarse

al fondo cada uno por un lado, dando muestras de cansancio y sueño. Sirena y don Juan también están sentados en el sofá sin mirarse y aburridos.) Vedlos sentados y fríos, olvidando que están en una orgía.

MIR. ¡Ah! ¿pero esto es una orgía?

FRAN. ¡La orgía de las momias! Una noche de amor fósil, á la manera de los amantes de Teruel, como están hoy. Habrían dado todo su ser por un día de soledad. Pues vedlos; allí se están ahora, encerrados, durmiendo juntos años y siglos. Y casi se vuelven las espaldas. ¡Infortunadas momias de carne! ¡Pero más infortunadas las momias de espíritu!

SIR. ¡No faltaba más que tu recuerdito ameno para completar la orgía!

TEM. No me he divertido en ella.

SEV. (Suena dentro y lejos una estudiantina.) ¿Oís? ¡Las burras de leche! (Bostezando.) Debe de estar amaneciendo.

FRAN. ¡Buen oído crítico! Son las estudiantinas que van á los bailes de máscaras. Para ellas sí que está amaneciendo: amanece su vida.

MARQ. ¿Bailes de máscaras? Luego es muy tarde.

SIR. Van á dar las doce.

MARQ. Ya lo decía yo. Pasó mi hora. (Se va sin despedirse por la segunda derecha.)

SEV. (A Sirena.) Cuando venga á comer le leeré la reseña de la fiesta.

SIR. ¿Para publicarla?

SEV. No; para reproducir entre nosotros lo que antes hacía para el público. (Se va Severo. Tempestad zarandea para despertarlo al maestro Miranda que se habrá dormido en un sillón y diciéndole.)

TEM. Maestro, despierta, que nos vamos.

MIR. (Despertando.) ¿Qué, es ya muy de día?

TEM. No, pero es demasiada noche para los que tienen que trotar mañana por esas calles... son nuestro teatro.

SIR. Tu público. Pues, mira, á estas horas ya no te lo envidio. (Bosteza.)

TEM. Y entonces estas eran precisamente las horas vivas de la envidia.

SIR. Ven de cuando en cuando á renovarla. Al

fin es pasión, y sin ella me juzgaría muerta. Aquellos odios valían más que los amores de hoy. (A Miranda.) Y mi pobre maestro, tampoco se olvide de subir siempre que pase cerca.

MIR. Me lo recordarán mis nietecillas.

SIR. Venid, venid á traerme alguna vez noticias de la juventud.

FRAN. No nos veríamos así si en la juventud hubiéramos tenido noticias de la vejez. ¡Infeliz ancianidad la del arte! (Se van por la segunda derecha Tempestad, Franconio y Miranda.)

ESCENA VIII

SIRENA y DON JUAN

(Quedan sentados lejos, don Juan en el sofá, Sirena en la poltrona, junto á la chimenea, y abrigándose con el mismo mantón que dejó al final del acto primero y que ahora recoge de una silla. No se miran, ni se hablan durante algunos momentos, al cabo de los cuales Sirena dice con indiferencia y lentamente.)

SIR. ¿Se ha retirado el Marqués?

JUAN Sí, escurriéndose.

SIR. No era tan discreto cuando nos estorbaba.

JUAN ¡Infeliz anciano! No está ya para estos trotes. (Pausa. Ambos quedan en situación embarazosa sin saber qué decirse. Sirena da un bostezo diciendo.)

SIR. ¡Ay!

JUAN ¿Suspiras?

SIR. No... digo, sí... el suspiro nocturno. (Otra pausa.)

JUAN (Para sí.) Estoy cayéndome de sueño. No sé cómo irme con dignidad.

SIR. (También para sí.) No sé cómo echarle sin ofenderle... ni ofenderme. Fingiré que me duermo. (Dice esas frases muy lentamente y como rindiéndose al sueño.)

JUAN (Para sí.) Hay que decidirse. (Se levanta como para despedirse. Mira á Sirena, la ve con la cabeza inclinada y dice:) ¡Ah, pícara! Se hace la dormida con malísima intención. (Se acerca á ella,

la observa bien, y dice:) ¡Pero si se ha dormido de verdad! ¡Ni me despido! ¡Pobre viejecita! Sería una crueldad despertarla para un saludo más ó menos. (Se va de puntillas por la segunda derecha. Pausa breve, durante la cual Sirena queda sola y durmiendo. Canta entre sueños la canción que cantó al principio del acto primero. Después de unos momentos entran Palestrina y Cristeta por la segunda derecha.)

ESCENA IX

SIRENA, PALESTRINA y CRISTETA

PAL. Gracias á Dios que nos dejan en paz esos murguistas. Apaga las luces; la señora necesitará acostarse.

CRIS. (Se acerca á Sirena, la mira y dice muy bajo para no despertarla.) ¡Si ya está dormida! Soñando con su canción favorita.

PAL. (También en voz muy baja, casi imperceptible. hasta el final.) ¡Cómo llenan los recuerdos el lugar de las esperanzas que se fueron! Se desvaneció el rayo verde.

CRIS. (Cierra la llave eléctrica apagando de una vez todas las luces y dejando la escena á obscuras.) Obscuridad.

PAL. El sol se ha puesto. (Sirena sigue cantando bajo mientras cae el telón, que ha de empezar á descender lentamente durante las frases anteriores, de modo que su descenso total coincida con la frase última.)

FIN DE LA OBRA

La música que va adjunta, es la que en la escena primera cantan dentro La Tempestad, Franconio, Don Juan y Benjamín.

El Rayo Verde



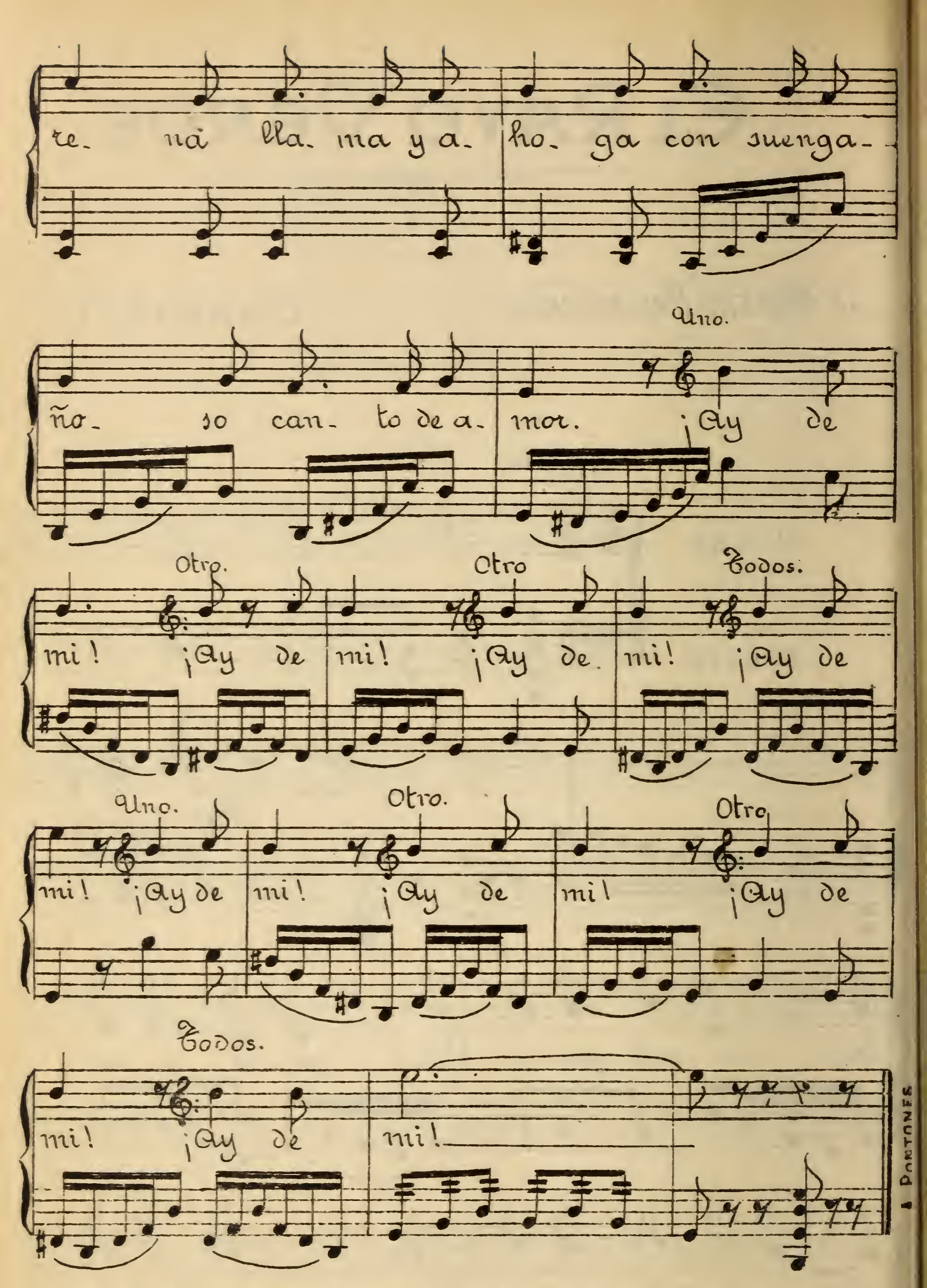
J. Moreno Ballesteros. Cuarteto.

Alle.tto

VOCES

VIOLIN

Vi- ra tu bar- ca yal puer-to bo- ga; de- ja los ma- res, ¡oh pes- ca- dor; que la si-



Este cuarteto se ha de cantar algo desafinado y con malas voces, para que haga el efecto que el autor del libro se propone.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL AUTOR

La torre de Talavera, drama histórico en un acto y en verso.
Maldades que son justicias, drama histórico en tres actos y en verso
El nudo gordiano, drama en tres actos y en verso.
El cielo ó el suelo, drama en tres actos y en verso.
Las esculturas de carne, drama en tres actos y en verso.
Las vengadoras, drama en tres actos y en prosa.
La vida pública, drama en cuatro actos y en prosa.
Las vengadoras, comedia en tres actos y en prosa (refundida).
El celoso de su imagen, drama trágico en tres actos y un epílogo.
La mujer de Loth, drama en tres actos y en prosa.
Los domadores, escenas en un acto y en prosa.
Honor sin conciencia, monólogo en prosa.
¿Infiel? comedia en tres actos y en prosa, arreglo en colaboración.
Cleopatra, drama en cuatro actos y en prosa.
El esqueleto de Venus, monólogo en prosa.
Los caballos, sátira dialogada en un acto y en prosa.
La balada de la luz, melodrama en un acto y tres cuadros, en prosa.
La barcarola, zarzuela en un acto y tres partes.
La nube, drama lírico en tres cuadros, en prosa y verso.
La expiación de Magdalena y *La vejez de Don Juan* } Monólogos confluentes.
El corneta de la partida, zarzuela en un acto y tres cuadros.
Las serpientes, escenas en un acto y en prosa.
Guardia de honor, comedia lírica en un acto y en prosa.
La primera salida, cuadro escénico compuesto con pasajes de *Don Quijote de la Mancha.*
El rayo verde, comedia en dos actos y en prosa.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: 1,50 pesetas